



Pilar Adón
Las efímeras



Galaxia Gutenberg

PILAR ADÓN

Las efímeras

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2015

© Pilar Adón, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: DL B 17399-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-28-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«El caos verde. O un bosque.»

JOHN FOWLES

«No son hombres, son leones.»

MARCEL PROUST

La tierra interior

Árboles protectores, las encinas. Había cuatro cerca de su casa y la mayor de las Oliver se encargó de elegir un nombre para cada una de ellas. Aracne, Silverstone, Chocolate y Enano. No bautizó a todas el mismo día. Hacerlo le habría parecido poco práctico. Así que dejó que pasara el tiempo a la espera de que las particularidades de cada árbol le indicaran qué criterio seguir, y fue optando por los nombres poco a poco, a lo largo del tiempo. Un tiempo sin poda, sin cuidados, sin que nadie se ocupara de limpiar unas ramas que se estorbaban entre sí y en las que ya ni anidaban los pájaros. Silverstone fue la primera y su nombre el más evidente: el tronco había salvado cerca del suelo una roca dividida en dos pedazos desiguales y afilados que, dependiendo de cómo recibieran la luz del sol, emitían un color plateado, a veces luminoso, a veces opaco. La hendidura que dividía la roca se dejaba invadir por los insectos, por un verde distinto según la estación, por las hojas secas del otoño y por las manos de la propia Dora Oliver, que se aventuraban por el intersticio pétreo como si fueran a dar en su interior con un acceso a otro espacio menos afilado y menos corpóreo.

Silverstone le parecía acogedora a pesar de su extraordinaria frondosidad. Aracne, en cambio, resultaba disuasoria. Chocolate era un árbol desvencijado que extendía unas ramas partidas como un viejo abriría una boca sin dientes. Se elevaba vertical hacia el cielo, pero su contemplación sugería la turbiedad de un pozo. Tenebroso y malhumorado, así era Chocolate. Situado a mayor distancia que los otros tres, en la línea que separaba su terreno del terreno contiguo,

demasiado cerca de las piedras medianeras, demasiado al límite de la propiedad, Chocolate era un árbol fronterizo que con haber nacido sólo cinco metros más allá pertenecería a otras manos.

El tipo de roca que había modelado el tronco de Silverstone era muy común. Se mirara donde se mirara, allí estaban las piedras cubiertas de musgo, redondeadas como caparazones de tortuga y, sentada en la roca partida de Silverstone, Dora Oliver imaginaba lo que sería verse a sí misma caminando por las habitaciones de su casa, despacio, por detrás de cada ventana. Desde aquella elevación se dominaba la fachada oeste, las tres ventanas que daban a ese lado, y ella podía espiarse desde allí, avanzando por el pasillo, transformada en silueta. Agachándose para recoger una taza del suelo, encendiendo una lámpara o asomándose para observar el paisaje desde el interior protegido por los cristales. Tal vez se invitara a entrar y entonces estarían sentadas las dos a la mesa de madera, sin más sonido que el del viento. Cada una de las dos Doras sabría perfectamente lo que estaba pensando la otra.

Enano fue la última en ser bautizada. La tuvo en cuenta porque el cuatro era un buen número. No deseaba ser responsable de nada que sumara tres. Así que añadió a Enano y tuvo cuatro encinas ante las que responder. Cuatro árboles sobre los que formular teorías. A los que acudir en los instantes de confusión, cuando las ramas parecían sublevarse contra quien hubiera decidido habitar bajo ellas, bramando con la eterna pretensión de desterrarla de la tierra irregular y hermética en que vivía.

Dora no siempre quiso estar en esa casa. A su edad tendría que ser jardinera o guarda forestal. Pero allí seguía, mirando los troncos agarrotados de sus árboles como si no hubiera otra cosa a la que dedicarse. Esperando. Consciente de que mientras esperaba debía seguir manteniendo a su hermana, cuidando de lo que era suyo. De modo que empezó a moverse por el terreno de la parte posterior, de un lado

a otro, canturreando. Acarreando agua para los perros. Retirando hojas. Avanzando entre las hileras de sus pequeños cultivos, entre su par de cobertizos, las plantas, los árboles. Siempre había trabajo que hacer en la tierra y eso era algo que ella había sabido desde niña y que había oído decir constantemente, una vez y otra. Una y otra vez. Había que limpiar y desbrozar. Doblar la espalda para recoger lo que se hubiera sembrado. Cuidar, sanear, arrancar, rebuscar. Con las botas que habían sido de su madre y el chubasquero sucio, Dora Oliver se movía por su terreno con las uñas negras y las manos endurecidas, las piernas fuertes y los pasos equilibrados para no pisar lo que no debía: las mierdas de los perros que se amontonaban en el interior de la cerca y que había que retirar con una pala. Luego las acumularía en un cubo que más tarde vaciaría en un contenedor situado a unos cincuenta metros de su casa. La orina no porque la orina podía usarse como fertilizante. Pero en su tierra no era necesario recogerla ni almacenarla porque los perros ya se encargaban de ir meándose por todas partes. Entre los acebos y los manzanos. Entre los setos y los rosales. Su jauría se sentaba a mirarla mientras ella se dedicaba a limpiar. A echarles más comida. A cambiarles el agua. Recorriendo con las botas embarradas la superficie de cemento sobre la que se acumulaban el líquido amarillo verdoso y los excrementos pisoteados por los propios perros, reblandecidos por el agua de la lluvia, bien adheridos al suelo. El olor a amoníaco clavado en la garganta. Dora cargaba la pala, vaciaba la pala. Carga y vaciamiento. Mientras les hablaba a sus perros con voz despectiva, y ellos se movían frenéticos, observándola con ojos redondos y atentos. Provistos de esa infinita capacidad de espera y sometidos por su tremenda dependencia de lo que ella quisiera darles y decirles. Sus toquecitos en la cabeza. Sus miradas furiosas. Sus palabras de control: «¡Ni te atrevas! ¡Perro!». Alguno podía lanzarse contra sus piernas, pero Dora conocía todos sus trucos. Sabía por dónde vendrían y sólo tenía que defenderse flexio-

nando las rodillas al percatarse de cuál era el que estaba a punto de abalanzarse sobre ella. Perro que volaba y perro que recibía un buen empujón siempre en función de la fuerza que hubiera empleado en la carrera. Cuanto más rápido se hubiera tirado contra sus piernas mayor sería el encontronazo. Pero no aprendían. Los muy idiotas no aprendían.

Si la mayor de las Oliver salía de su casa con sus cinco perros alrededor, resultaba imposible acercarse a ella. Como una Diana caminando veloz, emparentada con la altivez, la crueldad de la caza, la virginidad de las tierras salvajes, sonreía bajo la capucha de su impermeable mientras daba los buenos días en la distancia a quien fuera que se encontrara por el camino, elevando una mano o con un brevísimo movimiento de cabeza. La mayor de las Oliver salía con sus perros e iba a comprar comida o a pedir un favor cuando lo necesitaba, pero no se dejaba ver mucho ni tampoco se relacionaba mucho. Sólo lo indispensable. Sólo cuando le parecía inexcusable. ¿Debía pararse a hablar con los demás? ¿Debía escuchar reflexiones ajenas? ¿Someterse a las imposiciones del grupo? ¿Dedicarse al cultivo de los afectos? No. No. Lo que debía hacer era proteger a sus perros y asegurarse de que no se tragaban los huevos emponzoñados que les llenarían el estómago de agujas. Evitar que se envenenaran. Evitar que murieran. Había visto esos vómitos con sus propios ojos unas cuantas veces. Eran incontables los perros que habían muerto así, en un espasmo, babeando, sin nada que hacer. Escupiendo alfileres y sangre. Pero ella los cuidaba, los vigilaba. Los golpeaba con un palo cada vez que veía cómo se acercaban a algo aromático, desafiante. Apetecible. Un trozo grande de tocino blanco escondido entre las zarzas. Algo que iba a matarlos. Y así vivía. La mujer delgada que cuidaba de sus perros. Con el pelo liso y poco domable que se echaba hacia atrás en un peinado que solía dejarle la frente despejada y que hacía que pareciera aún más alta. Con la capacidad de andar con el cuello muy erguido y la espalda recta, los hombros paralelos. Moviendo los brazos en un ligero balan-

ceo. Espigada y ágil. Gesticulando en su dirección, la de los demás, que debían reunir fuerzas y no tocarla. Conseguir que sus piernas se mantuvieran apartadas de las de ella. Sus brazos separados de los de ella. Sus manos retiradas de su pelo. Cualquiera afirmaría que sus capacidades físicas eran las básicas del ser humano tras siglos de evolución, pero Dora Oliver había descubierto a una edad temprana que no todo el mundo tenía sus hombros y que no todo el mundo estaba capacitado para mantener la espalda con esa verticalidad, sin asomo de curva, como la suya. Tan rígida que le hacía parecer altiva. Resultaba curioso verificar que lo que tendría que haberse considerado una virtud, un buen patrón, le supuso enfrentamientos desde niña en los que tuvo que escuchar palabras que no merecía. Palabras sobre su comportamiento soberbio y arrogante. Porque Dora Oliver caminaba erguida. Porque era capaz de llevar a la práctica lo que tendría que constituir una parcela común y una distinción de la humanidad entera. Sin esa dejadez que hace que los hombres miren al suelo. Sin esa desgana huraña y aburrida que convierte a algunos en el reflejo de lo que tuvieron que ser sus antepasados. En cualquier caso, sabía que debía estarles agradecida a los suyos y, mientras lo pensaba, transformaba la línea roja de sus labios en una mueca de sarcasmo. Se burlaba de los demás. Despreciaba a los demás con ese esbozo de sonrisa y respetaba a sus padres y a sus abuelos por haberle proporcionado unos rasgos elegantes. Unos pómulos altos que hacían de su cara un ejemplo de angulosa armonía. Una nariz recta y una barbilla poco alargada.

Aunque no saliese de la comunidad y allí nadie supiese reconocerle nada.

Aunque los días por el interior de su casa fueran idénticos entre sí. Entre los perros y la mierda de los perros y el barro que se formaba tras las lluvias y los dos cobertizos que cerraban la parte trasera de su tierra. Aunque después de cada tormenta nocturna, a la mañana siguiente, tuviera que revisar los rincones de las habitaciones, cada matiz en la

pintura de las paredes, para comprobar que la construcción había vuelto a resistir otro día de lluvia y que no se habían formado goteras. Aunque avanzara perpetuamente por los mismos sitios.

Allí donde estaba cuando oyó que alguien decía su nombre a gritos desde la puerta frontal.

—¿Qué? —gritó también ella—. ¡Voy!

Era Tom. Un chico que nunca entendería que no era necesario gritar para llamar la atención de nadie porque allí todo se oía, y que jamás pronunciaría su nombre como lo hacían los demás porque, como ella ya sabía, le molestaba la lengua en el interior de la boca y parecía querer tragarse la erre entre las vocales al decir «Dora». Le sobraban dientes o le faltaba boca, por lo que tenía que echar las letras hacia dentro, hacia la garganta, cada vez que se dirigía a ella y cada vez que decía su nombre a gritos.

—¡Ábreme! ¡Dora! ¡Dora!

Ella soltó la pala y fue en su busca. Tenía que ir a abrirle la puerta.

—¡Ya voy! ¡No grites! ¡Ya voy!

Le dejó entrar y los perros se le echaron encima, todos a la vez. Tom se giró bruscamente para librarse de ellos.

—¿Por qué no dejan de ladrar, tus putos perros? ¿Están rabiosos o qué?

Ella no respondió.

—Haz que se callen o los callo yo.

Dora sonrió. Recurrió a todo el encanto de sus ancestros, dignidad y superioridad de cuna, y vio cómo Tom volvía la cabeza para examinar la cerca.

—Tú toca a uno solo, sólo a uno, y te mato. Tú tócalos.

—Pues haz que se callen. Mierda. Mierda puta...

—¿Quieres una cerveza?

—No. No sé qué hago aquí. Con tanto perro y tanta lluvia. ¿Dónde está esa cerveza?

Tom había ido para ayudarla. Por eso estaba allí. Porque ella se lo había pedido. El grifo del exterior, en el que engan-

chaba la manguera, se había atascado. Su casa estaba construida en un lugar aislado que recibía sin cesar, durante semanas, toneladas de agua. Lluvia y más lluvia. Mucha más de la que caía en ninguna otra parte de la comunidad. Si su terreno dejara por cualquier razón de encauzar los torrentes de barro que producían las lluvias, ocurriría un desastre. De modo que tenía que estar al tanto de lo que sucedía a todas horas. Seguir los consejos habituales, los buenos consejos que le daban todos los años, y recordar que cada acto tiene sus consecuencias y que se debe estar alerta. Siempre consciente de que, si se produjera una tragedia, si la oscuridad y las aguas se apoderaran de la casa, todo ocurriría en un ámbito en el que no se esperaba su presencia, la presencia humana, porque ningún hombre debería estar allí. Aquél no era un sitio del hombre para el hombre. Las Oliver no habían sido invitadas a aquel escenario y si un día resultaba que alguien las encontraba flotando en una laguna de color rojizo originada en el espacio que una vez había ocupado el salón de su casa, los demás dirían, plenamente convencidos de estar en posesión de la verdad: «Intentamos advertírselo, todos lo intentamos, pero esas mujeres no escuchaban». No escuchaban nunca. Los rosales que había plantado su madre, impulsados por el viento, sacudirían las finísimas ramas en movimientos ascendentes y descendentes para confirmar las teorías de quienes fueran a recoger sus cuerpos sumergidos.

—No sé por qué se atasca. ¿Puedes arreglarlo?

—Claro.

—Sí. Eres capaz de hacer cualquier cosa. Ya lo sé. —Siguió mirándole—: ¿Qué tal Anita?

—Este terreno está muy húmedo. Aquí os va a pasar de todo —respondió él.

Dora le sonrió de nuevo, sutilmente, sin que Tom viera su sonrisa.

—¿Y Anita? ¿Está bien?

—Bien.

Tom sabía arreglar el grifo y sabía levantar una pared de ladrillos. Hacer vino. Aguardiente y aceite. Sabía cazar y cocinar lo cazado. Contar con él en la comunidad era un privilegio y Tom era consciente de ello, de manera que se comportaba con una condescendencia simulada que, creía él, atemperaba su constante sentimiento de superioridad. Se había instalado en la Ruche con la dueña, Anita, y Anita lo protegía como si se tratara de un hijo pródigo del que temiera que pudiera tener de un día para otro la pavorosa idea de marcharse en busca de una nueva identidad o de una nueva madre. Dejándola sola.

Anita sola otra vez.

–Dale recuerdos. Y dale las gracias.

–¿Hay que hacer algo más?

–Tú la quieres, ¿no?

Tom dejó a un lado el grifo, la goma, las tuercas, y miró a Dora directamente a los ojos:

–¿Por qué me preguntas eso?

Ella se echó a reír sin responder.

–¿Por qué te gusta ir atacando a los demás? –insistió él.

–No te ataco, Tom. Sólo te pregunto si quieres a Anita.

¿Qué hay de malo? Te tiene en su casa y te mantiene. Tendrás que quererla.

–A mí no me mantiene nadie. Ni ella ni nadie.

–¿Ah no?

–Ah no.

–¿Tú te ganas tu propio dinero?

–¿Te crees que arreglar grifos es gratis?

–Yo no voy a pagarte.

Tom se terminó la cerveza y se levantó dejando el botellín en el suelo. No quería beber, pero bebió.

–Violeta está dentro. ¿Quieres verla? –le preguntó Dora. Y se echó a reír de nuevo.

–No vuelvas a llamarme.

–Se están pudriendo las vigas.

–Pues te jodes. –Oyó.

Tom se alejó sin decir más mientras ella observaba, sonriendo, los atractivos movimientos de su espalda más allá de los mechones mojados del pelo que se interponía entre sus ojos y el horizonte.

—¡Tom! ¡Vuelve! ¡Vuelve, hombre! ¡No te vayas así!

Pero Tom seguía alejándose.

—¿No quieres otra cerveza? ¡Tom!

Tom desapareció, y ella se sacudió el barro de las piernas. Siempre era igual. Siempre esa forma impulsiva e inconstante de comportarse. Impulsiva. E inconstante. Sin ninguna disposición a dejarse ayudar. A veces pensaba que esa actitud suya podía derivarse del propio aislamiento en que se encontraba. De la dependencia brutal de lo que la rodeaba. Pero tampoco le dedicaba mucho tiempo a esas reflexiones. Ni al arrepentimiento. Tom tendría que volver. Necesitaba que arreglara la cerca de los perros así que se lo pediría otra vez. Que fuera a ayudarla.

Y él iría.

Dora bajó la cabeza hacia el barro y se quedó un rato allí, inmóvil.

Había dejado de pensar en Tom cuando alzó la mirada y pasó los ojos por encima de los montones de ramas, de troncos y hojas que la rodeaban, que lo invadían todo, que se manifestaban ante ella pero que no podrían hacer nada por ella. ¿Qué iban a hacer por ella? ¿Cómo iban a moverse por ella? Más a menudo de lo que imaginaba se encontraba a expensas de la necesidad, de lo indomesticable, de unos animales que podrían echársele encima y desgarrarle la ropa y la carne, atacarla, morderla, haciendo que su miedo abstracto, ese miedo que había estado a su lado toda su vida, se transformara, de repente, en un temor preciso y físico. En un temor orgánico. Alimentado por las tinieblas de los cobertizos y por la inquietud y la recurrente sensación de haberse convertido en una mujer simple y descuidada. Una mujer desprotegida que despedía a los demás con socarronería y sin amabilidad. Una desterrada. Quizá tuviera que ana-

lizar lo que estaba haciendo. Meditar sobre ello y llegar a alguna conclusión. Quizá estaría bien seguir con la táctica de bautizar encinas, como cuando optó por Aracne, Silverstone, Chocolate y Enano. Aunque en realidad no había sido ella quien las había bautizado ni quien consideraba a diario que no estaría mal verse con un nuevo aspecto, más cuidado, más acorde con el orden natural que tendría que reinar a su alrededor.

En realidad, no decidía nada.

Suspiró. Tomó aire. Se dio la vuelta en dirección a la puerta principal de su casa y, una vez dentro, se quitó las botas. Se pasó los dedos por el pelo, se sacudió el agua de la ropa y caminó por el pasillo, por las habitaciones, con el jersey aún mojado. Fue hacia el salón. Contemplando cada puerta, cada lámpara. Cada rincón. Asegurándose, como solía hacer siempre, de que todo estaba en su sitio y en orden. De que los grifos funcionaban. Las ventanas cerraban bien. Los muebles se hallaban en un estado aceptable. La pintura rajada, como ya sabía. Siguió deambulando por el pasillo hasta entrar en el cuarto de Violeta, donde estaban las cosas de su hermana. La ropa de su armario, sus guantes. Sus paraguas, sus lámparas gris oscuro. Sus primeros libros. Su cama. Las fotografías de cuando eran pequeñas.

Los cuadernos de Violeta con todas sus ocurrencias.

Las fantasías de su hermana. Las necesidades de su hermana.

Se dirigió a la ventana.

Si dejara de llover, pasados quince minutos, tal vez veinte, la perspectiva ya no sería la misma. Tampoco los aromas ni los sonidos. Los colores se mostrarían más vivos. Más limpios. Pero la intensidad del perfume que desprendía la vegetación recién regada disminuiría. Eran bellezas incompatibles. Dora podía pasar una hora, dos horas, analizando el paisaje que veía desde los cristales del dormitorio trasero. Un paisaje inmóvil. Atrapado en un lienzo que no envejecía, que no cambiaba de dueño, siempre en la misma pared del

mismo museo que era su casa. En un escenario plano, aislado y fácilmente inundable, donde parecían darse la mano la indiferencia y el retraimiento después de haber establecido sus corazas sobre sus habitantes. Porque, al fin y al cabo, de eso se trataba. Ésa era la esencia del orden creado en la Ruche, la comunidad en la que vivían las Oliver: salvar a las especies más frágiles sin permitir ataques externos. Sin factores tóxicos ni competidores por el espacio o el alimento, propiciando las condiciones óptimas para que sus protegidos pudieran crecer y desarrollarse. Decidiendo qué especies sí y qué especies no. En qué número y en qué cantidad.

El ambiente, controlado e inofensivo. El sustrato, nutritivo. La estructura, perfecta.

La mayor de las Oliver se levantaba temprano, miraba a su alrededor y comprendía que no tenía nada que hacer.

Podía salir al exterior, sí, y verificar que todo continuaba igual y que se le mojaban los pies con la humedad del suelo. O podía sentarse, echarse una manta por encima y leer uno de los libros de su hermana o garabatear algo en un papel y quedarse dormida de nuevo. Podía llenar la bañera hasta que el líquido le llegara a las rodillas, coger el jabón, un jabón de color verde, y darse un masaje prolongado y concienzudo en las piernas después de haber controlado la temperatura del agua, dejando que los dedos de las manos se hundieran entre la carne rosada de sus pies, pasando el jabón lentamente, cerca del tobillo, sobre las uñas. O podía acercarse a uno de los pequeños almacenes con hechuras de cobertizo que se repartían por la comunidad para abastecer a los habitantes de comida, de ropa y medicinas, y comprar algo. Nunca quería ver a nadie así que no iba a menudo, pero era consciente de que tenía que volver de vez en cuando a uno de esos lugares, a cualquiera de ellos, si quería comer fruta, arroz, queso o patatas. Si quería que Violeta comiera fruta, arroz, queso o patatas. Siempre necesitaban harina. Y aunque ella se sintiera capaz de pasar mucho tiempo sin tragar nada, sin sentir hambre más allá de una repentina debilidad que le hacía dirigirse a la cocina en busca de lo primero que pudiera devolverle al instante un poco de energía, pan con azúcar, una cucharada de mayonesa, lo cierto era que sabía que tenía que alimentarse de forma regular para seguir viviendo. Y, más importante aún, Violeta también.

La última vez que estuvo en uno de los almacenes entró sin saludar a nadie. Sin querer dar explicaciones, con mucha prisa. Pero advirtió pronto que alguien estaba mirándola, hasta tocándola, y Dora se volvió brusca para emitir un sonido apagado, algo parecido a un bramido en forma de «no». No creía saber quién era la señora que se le había acercado de esa manera tan espontánea cuando era evidente que no le había dado ningún motivo para ello. Para semejante familiaridad. Estaba ante una mujer morena, no muy alta, que parecía sonreírla y que parecía querer hablar con ella, pero que cambió de expresión al advertir la reacción de Dora y al oír su enronquecido «no». Estaban las dos en aquel espacio cerrado, iluminado por los destellos de sol que se filtraban a través de las fracturas de la madera, repleto de cajas y de objetos que se repartían por el suelo y por todo tipo de estantes improvisados, y allí era fácil pararse y hablar. Servirse de la obligación de ir a comprar y de lo cerrado del sitio para entablar una conversación que vendría a cubrir la largamente aplazada necesidad de reunirse con los demás. Sin embargo, todo lo que quería Dora era encontrar lo que había ido a buscar y marcharse, de modo que agitó el brazo al sentir el roce de los dedos de la mujer. De una manera tan áspera que si le hubiera golpeado la cara sin pretenderlo, sus alegres ojos, en un segundo, se habrían sobrecogido. Quizá hasta el llanto. Y no sólo porque el golpe le hubiera hecho daño, sino por la sorpresa de la brusquedad y de lo ilógico. Porque parecía imposible tanta violencia ante lo que se ofrecía como una caricia que ni siquiera pretendía ser una caricia sino sólo un acercamiento. Un ofrecimiento de confianza. Una expresión de «puedes hablar con nosotros porque nosotros te conocemos y sabemos quién eres».

Pero Dora retiró el brazo para librarse del contacto, y la mujer comprendió de inmediato que no todas las hembras de la comunidad eran amables. Que a unas se las podía tocar y a otras no. Comprendió que también allí podía descubrir una actitud insólita y reprochable. Que también allí

había quien se creía capaz de mantenerse al margen de una realidad que, en su opinión, no le iba a aportar ninguna satisfacción ni ningún deleite, y que no aceptaba ni las pautas ni los mandatos de la sociedad ordenada en que vivían.

Dora quiso disculparse y su voz volvió a sonar irreconocible. La voz de otro ser. Un ser que deseaba regresar a su territorio aislado y lejano, con los brazos colgando por delante del pecho en un balanceo animal. «Lo siento», dijo.

«Lo siento», repitió mientras se inclinaba sobre la mujer, que ya estaba dando unos pasos para alejarse de ella. «No es nada... No se preocupe. No ha pasado nada. No le he hecho daño, ¿verdad? ¿Le he hecho daño?» Pero la mujer no contestó y Dora dejó de insistir.

Y por supuesto que tenía algo que hacer. Tenía que cocinar.

Su padre le había enseñado a preparar los platos, desde el principio, cuando desollaba delante de sus hijas los conejos que había ido a cazar. Cuando los descuartizaba con un hacha pulida, y la sangre salpicaba en gotitas rojas los azulejos de la cocina despidiendo un olor que no se olvidaba jamás como tampoco se olvidaba el brillo de los cuerpos sin piel. A Dora nunca le había parecido difícil esa tarea. Sabía que exigía fuerza y prudencia. Pero no era difícil. Lo había visto hacer y lo había aprendido. El desgarrar de la piel. El vientre rajado para sacar las entrañas y deshacerse de ellas, menos de los riñones, que eran para las niñas. Y, alrededor, los perros, olfateándolo todo. Esperándolo todo. Dando vueltas por debajo de la mesa entre las piernas de su padre, que más tarde seguiría haciendo sus vasijas con las manos sucias, meditando sobre lo inútil del cerebro humano. Y ahora le tocaba a ella. Cortar el cuerpo en trozos. Echar sal. Rociar el fondo de la cazuela con aceite y añadir cebolla y laurel. Colocar los pedazos encima y rehogarlos bien. Hasta completar con el vino blanco y dejarlo todo a fuego lento. Una hora después, ya podría cocinar las patatas. Y ahí estaba. Listo. Podía salir

entonces con el plato terminado. Caminar un poco, unos pasos, hacia uno de los cobertizos, y una vez en la puerta, llamar. Con los perros saltando a su alrededor, voraces, y la escopeta colgada del brazo para que nada saliera mal porque nada debía salir mal, y aunque supiera que Violeta no iba a intentar nada, no podía intentar nada, más valía ir prevenida y bien preparada. Sacar las llaves, quitar el candado, y verla entonces levantándose despacio, con el pelo desordenado sobre los ojos y los brazos temblorosos, para acercarse a ella. Violeta arrastrándose para acercarse a ella.

Su hermana no se cuidaba demasiado últimamente. El pelo le cubría los ojos. Tenía el cuerpo en tensión. Se mordisqueaba los labios y los dejaba entreabiertos en una expresión simple, como si se hubiera dado un golpe en la cabeza. No obstante, seguía revelando la misma belleza añorada de la que había disfrutado siempre. Esa chica tendría que haberse quedado estancada en el tiempo, en una edad pura y perfecta. Tendría que haber dejado de crecer. No suspirar. No respirar. No mover los labios ni mordérselos más. Si pudiera cerrárselos durante cinco minutos y conseguir que dejaran de sangrar... Si pudiera abrazarse a su jersey y pasar los dedos por su pelo y luego descender a los hombros y coger sus manos para ponérselas en la cara y dejarlas allí durante años. De pequeñas les habían enseñado a las dos que una jovencita no debía mostrarse desaseada en público ni tampoco nerviosa ni expectante. Una jovencita tenía que ser discreta y afable. Con las manos sobre la falda y las piernas juntas sin jugar ni balancear los pies. Una nena no debía ser traviesa ni hablar en exceso. Eso sí: debía responder a todo lo que se le preguntase y mantener una sonrisa dibujada en los labios para demostrar que estaba bien alimentada, que tomaba sus vitaminas y que era una niña sana. A pesar del vértigo y del pánico habitual. Y, en ese momento, lo más amable era que Violeta Oliver comiera y que Violeta Oliver escuchara y obedeciera cuando Dora le pidiera que se apartara de la entrada.

–Vengo a verte –dijo.

Su hermana se acercó aún más a las tablas de la puerta.

—Déjame salir, Dora. Por Dios, déjame salir.

—¿Vas a intentar escaparte?

—No.

—No me mientas. ¿Vas a salir corriendo?

—¡No! Claro que no... Pero déjame salir.

—Te he traído tu comida. Y quiero que no dejes nada. Nada de nada. Vamos, aparta... No me mires así. Sabes que lo hago por tu bien.

—¿Cuándo me vas a dejar salir, Dora?

Violeta se arrastraba por los tablones astillados del suelo, persiguiéndola, siempre detrás de ella. Iba a arañarse la piel de las manos, la suave piel de las piernas. Pero Dora no podía hacer nada para evitarlo. No había nada que ella pudiera hacer para impedir que su hermana se comportara como lo hacía. Sólo podía indicarle, con la voz bien cargada de paciencia:

—Saldrás cuando estés preparada.

—Ahora mismo. Ya estoy preparada.

—No. No lo estás.

—¡Sí! Sí lo estoy. ¡Lo estoy! Esto me está volviendo loca.

—Haberlo pensado antes.

—¿Pensar qué? Si no he hecho nada.

—Eso lo decidiré yo. ¿Me dejas...?

—¿Qué quieres que piense? ¿Qué? ¡Dímelo!

Dora puso el plato con la comida en una tabla que estaba anclada a una de las paredes del cobertizo, y sacó a continuación de un bolsillo de su impermeable la servilleta en que había envuelto los cubiertos. Los colocó al lado del plato, que seguía humeando.

—Come.

—¡No!

—Claro que sí. Vamos. Come.

—No quiero comer sola.

—Yo comeré sola también. Es a lo que nos estás obligando. Empieza.

Violeta se acercó a la tabla y se sentó ante ella con las piernas cruzadas. Apoyó la cabeza en un brazo, torciendo la espalda con la inclinación de alguien que pareciera estar a punto de desmayarse, y cogió el tenedor con la otra mano para mover los trozos de carne con desgana, como si deseara esconderlos entre el resto de ingredientes. Entre las patatas. El pelo seguía cayéndole por delante de los ojos y Dora se le acercó en dos zancadas.

–¡Retírate ese pelo de la cara! ¡Por Dios! ¡Violeta! ¡Come!

Pero Violeta no reaccionó y Dora se abalanzó entonces sobre ella para hacerse con los mechones que le ocultaban la frente y las mejillas. De un tirón, los echó hacia atrás.

–¡No seas melindres! Cómelo. Está bueno. Lo acabo de hacer.

–Tienes que dejarme salir.

–No tengo que hacer nada que tú me mandes.

Violeta mantenía el tenedor en la mano derecha, ahora empuñándolo de una manera poco elegante, abarcándolo estrechamente entre los dedos y removiéndolo entre la comida. Haciendo justo lo que no debía hacer.

–No tengo hambre –murmuró.

–Sí tienes hambre. No has comido nada desde ayer.

–¿Cómo voy a tener hambre aquí dentro?

Desde su situación elevada, Dora contempló a su hermana pequeña. Había enderezado la cabeza y había empezado a elevar el tenedor lentamente sin llevarse nada de comida a la boca, vacío. Sin que el tenedor estuviera cumpliendo la función para la que había sido inventado. Al menos, la función para la que Dora lo había llevado allí.

–Esto es temporal. Ya lo sabes.

–¿Temporal? ¿Cuánto tiempo piensas tenerme aquí? ¿Cuándo voy a salir?

–Saldrás en cuanto te hayas olvidado de ese loco.

Violeta pareció estremecerse. Asiendo aún el tenedor con el puño.

–¿Qué loco? ¿Por qué dices que está loco?

–Porque está loco. Todo el mundo lo sabe. La única que no se entera eres tú.

–¿Qué te ha hecho a ti?

–¿A mí? Nada. Y que no se atreva.

–Nunca te hará nada. No está loco. ¿Cómo puedes decir que está loco?

–Porque lo está. Los de la Ruche tendrían que haberle echado hace mucho. ¡Come! Vamos. Empieza de una vez.

–Ni siquiera le conoces.

–¿A quién?

–A Denis.

Dora sonrió. Ahora se miraban abiertamente a los ojos y ella se inclinó aún más sobre su hermana. De un tirón le arrancó el cubierto de las manos.

–¡Eso es! Denis. Tú misma lo has dicho.

–¡Denis! ¡Sí! ¡Denis! ¡Denis! ¿Es que te molesta que diga su nombre?

Dora dejó con un golpe el tenedor en el plato.

–¡Cállate! ¡Desagradecida!

Hacía tiempo que Dora Oliver estaba al tanto de que su hermana se había convertido en un tema delicado que debía tratar con astucia. Con suma cautela. Porque de lo contrario podría resquebrajarse y, si eso sucediera, de la grieta sólo brotarían raros fluidos verdosos. Vivía con alguien que constituía un importante problema y a veces pensaba que tal vez no estuviera enfrentándose a las dificultades con la firmeza necesaria. ¿Era eso lo que fallaba? ¿Era ella quien estaba fallando?

Volvió a acercarse a Violeta. Cogió el tenedor, lo llenó de comida y se lo acercó a la boca mientras, a la vez, le agarraba la cara para que sólo pudiera mirarla de frente y no pudiera negarse a comer.

–¡Abre la boca! Eso es... Y ahora traga.

Las dos habían ido dando tumbos. Tumbos. Tumbos. Con la cabeza caída hacia un lado y los brazos flácidos colgando a ambos lados del cuerpo como un par de sogas

empapadas e inservibles. Dando vueltas y regresando al punto de partida como si todo les diera igual, como si no quisieran avanzar. Y el punto de partida era la casa de sus padres, donde seguían viviendo y donde pasaban un día y otro día solas después de haber comprendido que no admitirían una sola advertencia procedente de ningún intruso. ¿Iban a tener que comportarse como buenas anfitrionas con todo aquel que quisiera entrar en sus dominios y contemplar el tipo de existencia que llevaban? ¿Iban a tener que sonreír y llevar una vida de aburridos rituales de cortesía y fingimiento? La respuesta era que no. Por supuesto que no. Nadie podía obligarlas. Y así debía ser. No soportaban la presencia de extraños a su lado, cerca, dominantes, pretendiendo quebrar la solidez de su intimidad. Seguirían subsistiendo juntas y solas, y juntas y solas se enfrentarían a los demás sin que nadie pudiera imponerles un entusiasmo que no sentían ni un deseo de proximidad que les era extraño.

Ése era el plan.

Dora y Violeta sabían cómo actuar y cómo dirigir sus vidas.

Pero ahora Violeta parecía querer encajar una tercera pieza en su cerrada formación. Incumplir su norma más básica y dejar que un hombre entrara en su casa.

Ahora Violeta parecía querer alterarlo todo.

—No quiero estar aquí. No puedes encerrarme.

¿Acaso había cambiado de opinión y deseaba correr y abrirle las puertas a un extraño? ¿A alguien ajeno a ellas? Recortado ante sus ojos sobre las infinitas gotas de lluvia que caían como si no fueran a detenerse jamás, alzando la voz para hacerse oír en medio del aguacero.

—Sí puedo. No vas a ver más a ese Denis.

—¿Por qué? ¡Por qué! ¿Qué te ha hecho?

—Lo importante es lo que pueda hacerte a ti.

—¿A mí? A mí me trata bien.

—Para eso ya me tienes a mí.

Dora volvió a meterle en la boca un tenedor lleno de comida, y Violeta lo escupió.

–¡Bestia!

–¡No quiero comer más!

–¡Está buena! –gritó Dora–. ¡Traga!

–¡Me martirizas! ¡Me estás torturando!

–Eres tú quien me martiriza a mí.

–¿Es que no te das cuenta? ¿Crees que esto es lógico? ¿Lo que estás haciendo? ¡Me tienes encerrada! ¿Qué crees que dirían los demás si se enteraran? Mademoiselle Anita, ¿qué crees que diría? Esto sí que es de locos. ¡Eres tú quien está loca!

–A Anita le parecería bien.

Violeta se levantó entonces del suelo. Vigiló a su hermana en su retirada, con un algo majestuoso en la violencia con que la miraba, y a continuación fue hacia la zona del cobertizo en que habían instalado un colchón y una alfombra vieja a modo de dormitorio. Allí tenía sus libros. Su libreta.

–No hace falta que estés conmigo –dijo–. Quiero que te vayas.

Dora fue tras los pasos de su hermana, adentrándose en la penumbra de aquel espacio húmedo repleto de herramientas y de objetos casi inservibles. Se quitó el impermeable y, después de dejarlo con cuidado en el respaldo de una silla, cruzó los brazos sobre el pecho.

–No entiendo cómo puedes ser tan desagradecida. No sé cómo no ves que te estoy protegiendo.

–¿Así? ¿Así? Me estoy muriendo aquí dentro.

–Cámbiate de ropa, anda. Ponte algo seco. No quiero que cojas frío.

–Déjame en paz. No voy a cambiarme ni voy a hacer nada.

Los perros ladraban en el exterior enloquecidos. Dora era capaz de reconocer cuál era el que ladraba en cada momento, con sus sonidos bruscos y breves. Más punzantes o más hondos. Entre el repiqueteo del agua sobre el tejado.

-No va a dejar de llover jamás. Mis pobres perros.
-Tus perros son una mierda de chuchos –dijo Violeta irguiéndose. Cogió su cuaderno y anotó algo.
-Tendré que ir a pedirle a Tom que me ayude a reparar la cerca.
-Tom está harto de ti y de que te rías de él. Y tus perros le dan asco. Le dan asco a todo el mundo.
-Tom vendrá a ayudarme. Sólo tengo que pedirselo.
-No sé cómo no te clava un destornillador en la frente.
-Porque viene a verte a ti. Y seguirá viniendo si yo se lo pido. Aunque luego no aparezcas.
-Cualquier día los mata. A tus perros. Y a ti también.
-No. Claro que no.
-Sí. Claro que sí. No imaginas cómo te odia la gente. Te degollarían sin pensárselo un segundo.
-Nadie se atreve.
-Hasta que se atrevan. Yo no les provocaría.
-Son unos mierdas. Tom es un mierda.
-Haz lo que quieras. Pero yo tendría cuidado. La gente actúa de un modo normal hasta que un día unos cuantos dejan de ser normales y empiezan a hacer cosas raras. Y arrastran a los demás.
-Cámbiate de ropa. Vamos.
-No voy a cambiarme. Y menos contigo ahí de pie. No soy imbécil.
-No saldré de aquí hasta que te hayas puesto algo limpio.
-¡Lárgate! O déjame salir.
-Sabes que no voy a irme. Y no puedes salir todavía.
-Ya he comido, ¿no? ¿No era eso lo que querías? Lárgate ya, Dora. ¿Por qué no me dejas en paz?
-Yo también podría dormir aquí. Ahí. A ese lado. ¿Qué te parece? ¿Quieres que me venga contigo? Así no estarías sola.
-No sé ni por qué te dejen entrar.
Violeta fue a coger uno de los jerséis que se apilaban a los pies del colchón, sobre una manta marrón que había extendi-

do por el suelo, doblada por la mitad, para intentar crear con ella un pequeño espacio medianamente doméstico en el que evitar que sus cosas se mojaran y se impregnaran del olor a humedad y a moho que siempre llegaba de la mano del encierro y del aburrimiento. Empezó a quitarse la ropa que llevaba puesta, girándose para que Dora no pudiera verla, pero Dora no cerró los ojos. Se giró también y recorrió con la mirada cada centímetro de la espalda de su hermana, ahora desnuda junto a los cestos de almendras dulces y amargas que conservaban allí dentro, alineados cerca de la superficie enmarañada que, por aquellos días, hacía las veces de cama.

Dora contemplaba su cuerpo delgado:

–Te ayudo –dijo.

Aproximándose a ella.

–Hueles fatal. –Oyó.

–Tú también.

–Pero yo no puedo evitarlo. No me dejas salir.

–En realidad no quieres que me vaya.

–¿Eso es lo que crees?

–Por supuesto. En el fondo nos llevamos bien.

Violeta se apartó bruscamente, pero Dora la agarró de una mano y se mantuvieron las dos en el mismo sitio, notando la humedad de la lluvia que se filtraba por la tierra hasta llegar a las tablas del suelo y que, desde ahí, se apoderaba de sus pies y comenzaba a ascender hacia su cuerpo para instalarse en sus piernas, que se helarían sin remedio. Violeta sacudió el brazo y consiguió liberarse, y ella entonces se metió las manos bajo el jersey, cruzándolas con cuidado bajo la cálida estrechez de la lana. ¿Tenía frío? Era lógico que pasase frío. En aquella parte todo era terriblemente frío. Todo era azul y negro. ¿Lo habría notado Violeta? Era el frío. El frío que se apoderaba de ella en una sucesión de temblores que la sacudían por dentro de una manera curvada, casi redonda, con unas tiras de esferas de color ocre que rodaban por su esófago en dirección al estómago y del estómago en ascenso de nuevo hacia la garganta. Sin llegar nunca al vien-

tre. Sólo el cuello y la asfixia y de nuevo el frío en los brazos que no servían para nada porque no podían retener a su hermana allí donde ella quería que su hermana se quedara. Unos brazos más fuertes sí servirían para sujetarla. Pero sus brazos no podían incrustarse en Violeta y permanecer en ella librándolas a ambas de la sensación de estar haciéndolo todo mal, de no estar donde debían estar, de haber destrozado cada uno de sus deseos, cada objetivo. Cada perspectiva y su posición. Sabiendo lo que era el odio. El de verdad. Esa aversión. Como las personas que optaban por aferrarse a sus miserias, a lo poco que conocieran con tal de no enfrentarse a lo que pudieran encontrar fuera, y que preferían seguir en su cubículo absurdo porque su cubículo absurdo era lo que tenían y sobre lo que detentaban su insignificante control, y podían estar seguras de que no les iba a deparar ninguna sorpresa específica. Ni para bien ni para mal. La misma estancia, el mismo entorno. Las mismas caras. Y ni una sola oportunidad para la improvisación. En un espacio que atrapaba por su protegida inmovilidad y al que no dejarían de someterse jamás.

¿Era eso lo que quería?

El corazón le trabajaba acelerado y volvió a intentarlo: se acercó a Violeta. Caminó hacia su hermana y le pasó un brazo por los hombros, lentamente, sintiendo la dulzura de su piel sin importarle el gesto de rechazo ni el completo caos del pelo que ahora se le derramaba a ella por la cara.

—Puedo ayudarte.

—Ya te he dicho que no. ¡Ve a revolcarte con tus perros!

—¿Crees que los perros me gustan más que tú?

—A ellos les gustan más que a mí.

Dora sonrió y empezó por ciertos lugares, los de siempre: las caderas, la cintura, la columna en su ascenso hacia el cuello...

—¿Te duele? —preguntó mientras acariciaba la extensión bien delimitada de la espalda de Violeta, que negó con la cabeza y suspiró.

Preguntó de nuevo:

–Si aprieto aquí, ¿tampoco te duele?

–¿Por qué me iba a doler? No me ha dolido nunca.

–Es agradable, ¿no?

–Estoy cansada. Estoy harta. ¿Qué quieres?

–¿A qué viene esa pregunta? Podemos descansar. ¿No vas a tumbarte?

–No tengo ganas.

–Pero yo sí.

No iban a descansar. Era imposible descansar.

Iban a actuar de acuerdo con los papeles que se habían asignado la una a la otra desde niñas, toda la vida, y que contribuirían a hacer de las paredes del cobertizo unas paredes permeables que dejarían que se filtrara durante unos instantes la violencia del exterior. El comportamiento de los seres de la Tierra. La búsqueda de lo básico. El dominio.

–¿Te has lavado las manos?

–Están limpias. Ya lo sabes.

Igual que las dos sabían lo que iba a pasar a continuación. Algo que formaba parte de sus hábitos.

–Cierra bien la puerta.

–No hay nadie.

–Tú ciérrala. Hazme caso.

Dora le hizo caso.

–¿Luego me dejarás salir?

–No.

–Entonces no quiero seguir.

–No hace falta que quieras.

Lo único que podían esperar era que nadie observara lo que hacían, porque no soportarían la idea de unos ojos escudriñando sus labios entreabiertos mientras los perros coreaban sus movimientos. Su actividad. Sus párpados rojizos. La misma mirada de aturdimiento que pasaba del arrebató al recelo y del recelo al temblor. Las repeticiones de un solo acto y el silencio que se alzaría por fin firme ante ellas. Con la misma contundencia con que caía la gruesa cortina de

agua desde el cielo. Un silencio que empezaría siendo despiadado pero que poco a poco se iría adaptando a su peculiar situación e iría dejando de ser despótico para comenzar a ser un silencio casi disimulado, menos brutal. Una especie de secreto que se propagaría por todas las habitaciones de la casa, por cada rincón de la cocina. Por detrás de los almohadones y entre las patas de las mesas. Por las estanterías y por debajo de los jarrones adornados con las flores que tal vez Violeta se encargara de cortar cuando llegara la primavera. Allí donde se mirara, en cada pequeño detalle, platos, vasos o cuadros, allí estaría. Demostrando con su presencia que existía y que, por mucho que quisieran aparentar que nada sucedía y que la normalidad reinaba entre ellas, permanecería inmune hasta que alguien, alguna de las dos, manifestara una auténtica determinación por hacerlo desaparecer.

–Estoy cansada de todo esto –murmuró Violeta.

–No sé qué esperabas.